

FRANCISCO J. LLUCH Y CUÑAT

AA

LA UNIVERSIDAD  
DEL PRESENTE

M E R I D A  
7 ABRIL 1972

# LA UNIVERSIDAD DEL PRESENTE

*Discurso de orden  
pronunciado en el Paraninfo  
de la U. L. A. el 7 de Abril  
1972, con motivo de celebrar  
el Día de la Universidad.*

*Rector Magnífico*  
*Autoridades del Estado y de la Ciudad*  
*Distinguidos colegas del Claustro*  
*Respetable auditorio.*

Debo, ante todo, agradecer que, en un acto al que se confiere la solemnidad correspondiente a otro aniversario más de esta docta casa, haya recaído en mí, por indicación de los compañeros reunidos con tal fin, el honor de llevar la palabra delegada de los mismos para manifestar nuestro reconocimiento por la medalla que se nos otorga, símbolo emblemático de los 15 y 10 años que hemos pasado en la enseñanza.

Tras estas primeras frases que espero reflejen el sentimiento de todos, voy a extenderme — puesto que el día de la Universidad lo justifica — en otras consideraciones de la que

no me atrevería hacer partícipes a los demás, porque tampoco convinimos acuerdo alguno sobre el tema que pudiese exponer aquí.

Entiendo que, aunque algunos de los que me escuchen, coincidan conmigo en estas opiniones, debo recabar para mí sólo, la responsabilidad de lo que intento decir a continuación, con la venia de Sus Señorías.

\* \* \*

No es fácil acometer, en un somero recorrido, breve para no cansarles y prudente para no producir enojos, el presente de nuestra Universidad.

Del pasado hay meritísimos historiadores que han podido recopilar datos, o que los siguen recopilando; del futuro no podría predecir nada quien, como yo, no recurre a la quiromancia ni tiene audacia para vaticinar como un oráculo.

Pero del presente, del momento que vivimos, de lo que todos conocemos y de lo que muchos callamos, bien se puede tomar la fecha de hoy

para exteriorizar algunas cosas de las que estamos pensando.

Empezaremos por la Universidad misma, prosiguiendo por los sectores del personal que protagoniza su funcionamiento.

\* \*

La Universidad debiera ser vista por el pueblo como manantial de cultura que no puede secarse nunca.

Sin embargo nos consta que a muchas gentes — entre las que figuran personas de la más serena apreciación — les parece una caja de Pandora de la que salen incontables desdichas de la vida nacional.

Ni lo uno, ni lo otro...

Como manantial... es intermitente; su caudal de aguas límpidas aflora por períodos, y las otras — ahora que nos preocupa tanto la contaminación — no podemos presumir que sean impolutas.

La Universidad de antaño germinaba en un caldo de cultivo plácido o, cuanto menos, ausente de los procesos incubados en la miseria y en la ignorancia de la plebe. Solamente las grandes convulsiones históricas la hicieron cambiar de rumbo: de los "scriptoriums" medieva-

les se pasó a los seminarios renacentistas y de éstos a los colegios de unción monacal, para que, a la postre, los edictos del poder civil, convirtiesen aquellos recintos en centros de instrucción pública patrocinados por el Estado.

La Universidad de hoy, metida como está en la vorágine de las corrientes políticas, sociales y aun sindicales, no puede sustraerse a las mismas; pero bueno será que, si quiere blasonar de culta, se aparte de la violencia. El pensamiento tiene otras vías de expansión; los credos ganaron no pocas victorias a la fuerza, y la palabra, la imagen o la pluma han podido atraer más adeptos que la ira.

Con el cerebro se libran aplastantes batallas que hacen despertar al mundo de su catalepsia mental. Y hemos de admitir que todo cambia porque todo está sujeto a la época y a la circunstancia.

Los intelectuales — si así aceptamos llamar a quienes viven del intelecto — han de mostrarse enérgicos pero estoicos, sin recurrir a la mano armada en las contiendas que pongan en jaque la existencia universitaria.

Erasmus decía que “él no podía ser reclutado como mercenario suizo”.

Sin embargo, para tener argumentos que esgrimir, hay que alcanzar un grado de cultura

que no puede limitarse al campo de la profesión elegida.

No ha mucho hemos tenido la fortuna de escuchar al Profesor Lloyd con quien departimos este tema, y nos convenció de la trascendencia de tales propósitos, pues causa triste impresión quien, siendo un notable técnico, no sabe exponer ni justificar sus proyectos o, siendo un destacado hombre de letras, ignora lo relacionado con el progreso científico.

\* \*

La idea desacertada de la división de los intelectuales durante los siglos XVIII y XIX creó murallas entre las Ciencias y las Artes. Para un científico, cualquier literato, músico, pintor y aún el historiador o el filósofo, entraba en una clasificación que se hallaba aparte de la verdad escueta. La disyuntiva era categórica: ciencia o... fantasía. A la Ciencia se le iba adicionando la Tecnología como una rama corolario de la misma. Lo abstracto engendraba lo aplicado, y lo aplicado, sin lo abstracto, quedaba huérfano de base.

Para un humanista o un plástico, el científico era un mago atento al experimento y no al

pensamiento, vacío de erudición, agente misterioso de transformaciones portentosas y hasta temibles, pero sin contenido sentimental. Solamente era culto quien retenía conocimientos, y ensayista quien los utilizaba.

Ha sido preciso abrir puertas entre la Ciencia y el Arte para que, de ambos lados, se sintiese la intrepidez de atravesarlas. . .

Hoy se estimula al científico para que penetre en el mundo humanístico y establezca contacto con los pensadores y los artistas; pero también se preconiza que éstos se adentren en el laberinto de la Ciencia para que le encuentren poesía a los inventos, a las maravillas de la técnica, de la búsqueda y. . . hasta del camino a recorrer desde la "fons vitae" a la "fons mortem" de la especie humana. . .

Ya no hay fronteras en el saber; únicamente hay senderos que conducen a metas múltiples, pero tendiendo todos a remontar esas laderas en cuya cumbre concurren para reencontrarse en el templo de Atenea, donde establecer fecunda comunicación de ideario entre los que lo alcanzaron por el camino de las Ciencias, y los que lograron igual suerte por el camino de las Artes o de las Letras.

Es, pues, inobjetable que todos debemos vincularnos por la fusión del entendimiento.

Si lo que apunto aquí no va a servir para rumiarlo luego, más me valiera silenciarlo pues que flotará en el ambiente una animadversión de aquellos que, al escucharme, se considerasen identificados en su negligencia formativa; pero, si lo dicho invita a la reflexión y, de esta, se logra un mínimo de rectificaciones, podremos darnos por muy satisfechos en haber llegado a tiempo.

\* \*

Pasemos a la escena y estudiemos de cerca a los actores, empezando por el sector del Empleado.

A medida que la Universidad se agranda, crece también el personal que la administra, el que atiende al mantenimiento inmobiliario, el que la cuida en su aseo y hasta el que corta la hierba. Todo este grupo heterogéneo de personas, destinado a una intendencia de cuentas y archivos, como a la guarda del espacio físico de sus bienes, es tan esencial como los locales y otras áreas donde se enseña.

Constituyen otros bienes vitales que se complementan con los ineludibles aunque estáticos lugares de la sede universitaria.

A ellos compete el deber y el haber de los fondos universitarios, como el aspecto de los edificios y extensiones que componen nuestra parte material de la institución docente.

Su escala de créditos y de capacidad es muy variable, existiendo desde el facultativo de Economía, Arquitectura, Ingeniería, etc., hasta el jardinero que maneja la escardilla.

Es posible que haya debido improvisarse gran parte de este personal por lo que su competencia sea muy diferente; también lo es que su procedimiento de entrada al servicio que desempeña, o debe desempeñar, no haya tenido un filtro demasiado justo, y que encontremos acusado desnivel entre el personal que cuenta varios años y el que su ingreso queda muy reciente.

Pero no es éste el momento ni lugar para que analicemos el por qué de su presencia en nómina; lo substancial es saber para qué entraron.

¿Han venido para cumplir las tareas que les están encomendadas, con la responsabilidad que les incumbe por su correcta ejecución, o para entroncarse en un repertorio del personal, con periodicidad de recursos que les añada la obtención crediticia de viviendas y otras ventajas mutuales?

¿Se hallan todos capacitados para la función que se les asignó? ¿Acuden a los puestos que ocupan con suficiente voluntad para ejercerlos o vienen a esperar la hora de salida?

Decimos esto por que "de todo hay en la viña del Señor...".

En cuanto a la aptitud del personal destinado a secretarías, bibliotecas, bienes raíces, estadística, archivo, correspondencia y otros menesteres que exigen, siquiera, un mediano conocimiento de redacción y operaciones aritméticas, debiera lograrse proveyendo las plazas por concurso-examen entre Bachilleres. Verdad es que la ortografía deficiente va, en veces, más allá de la condición doctoral...

Los artesanos, cualesquiera que sea su procedencia, debieran clasificarse según sus habilidades comprobadas.

Pero eso de que suban los de un bando o los de otro para incrementar el personal mediante proteccionismos de partido, no es la fórmula apropiada ni deseable.

Sabemos que hay empleados modelos de comportamiento y de diligente labor, los hay serviciales y corteses, preocupados y solícitos; pero éstos no son abundantes.

Alguna dosis de descuido proviene de las direcciones de las escuelas donde se deja que

ellos actúen como mejor les parezca, antes que buscar pelea contra molinos de viento.

El bedel, principalmente, no es un doméstico de la Facultad; pero sí un auxiliar para la buena marcha de la misma. Velar por la disposición de las aulas, simplifica la labor de cátedra. Es desalentador para el encargado de un curso que lo tenga que ser, igualmente, para ubicar los pupitres, borrar el pizarrón y abrir el aula o... lo que es peor: aguardar largo tiempo para que vengan a abrirla.

Creemos que, compenetrados cual debemos estar, todos los que convivimos en la Universidad, mejor fuera que nos percatásemos de nuestras obligaciones, evitando así un desajuste de organización que sólo conduce al desorden.

Reconocemos que hay un flagrante desequilibrio de sueldos y que éstos debieran ser revisados para exigir que cada cual cumpliera con soltura y destreza lo que no puede imponerse a quienes perciben salarios modestísimos. Abrigamos la esperanza de que llegue a ser un hecho dicha revisión.

\* \*

Y vamos, ahora, con el Estudiante.

La noción semántica, tan distinta de la real y efectiva, es la de alguien que estudia. Pero ¿qué es lo que estudia?

Todos, hasta los más negados, estudiamos la vida que pasa, la manera de aprovecharla, la conservación de la especie — esta cuestión genésica nos interesó desde la infancia — y los sistemas o medios que nos consientan subsistir.

Buena parte de esta totalidad dedica sus esfuerzos a estudiar cómo cansarse lo menos posible, y una parte muy reducida posee el afán de escudriñar y averiguar los arcanos que atesora el conocimiento humano, en lo que empeña un celo merecedor de nuestro elogio. Son pocos; pero ellos impulsan el progreso del mundo, pues hay una inmensa mayoría que se deja transportar por la Tierra en su carrera por los espacios siderales.

Entresacando de ellos los que más ahinco ponen dentro del ambiente estudiantil, hay todavía dos clasificaciones globales: los que emprenden su ruta hacia una meta profesional y los que vacilan entre ésta y la del mando. Por un camino se va al saber y, por el otro, al poder.

Los primeros son dignos del más fervoroso aplauso; llegamos a quererlos por la esperanza que nos inspiran: son auténticos discípulos.

Los últimos utilizan su inteligencia — nunca escasa si se tiene en cuenta el arrastre que

ejercen — practicando la conducción de masas de que, tan a mano, disponen. Parecen paladines de las muchedumbres que van a resolverles sus anhelos, o que se aprestan a sucumbir en holocausto del bien colectivo. Manejan sus huestes con el verbo exuberante que arranca entusiasmos y... experimentan la consabida acomodación, a medida que se acercan a la demanda de empleo, o al ejercicio libre que les procure clientela. Después... “si te he visto, no me acuerdo”.

Otros, los tesoneros en sus ideales, se enquistan en la Universidad, años y años, para que ésta le sirva de trayectoria hacia la cumbre de sus aspiraciones: gobernar, aunque sea en el sentido de adueñarse del Gobierno.

Todos los países del mundo están afectados por el mal del dominio; unos más que otros — y Venezuela está entre los más — en cuya carrera no todos pueden ganar, pero se valen de los expedientes más inauditos para vencer a sus contrincantes.

Aquí se trata de la diferencia esencial entre gobernante y gobernado. El gobernante, aunque actúe en buena lid, se acostumbra a decretar omnímoda y egocéntricamente. Poseído de una fé en sí mismo, llega a engañarse y

hasta se contraría de que se lo adviertan los demás, no obstante la oportunidad que se puede presentar para un resignado desengaño.

El gobernado se evade, siempre que puede, de las disposiciones del gobernante, y emplea sus afanes en maniobrar para que caiga el que está arriba.

Nuestros estudiantes - conductores — salvo muy contadas excepciones — aspiran a tomar el volante del organismo al que les lleve su denodada insistencia; pero, si no lo consiguen, buscan la fórmula del político — del bajo político, se entiende — porque ésta se enseñoreó del alumnado.

¿Cómo aceptar que un estudiante, tenido por tal, se eclipse frecuentemente de sus deberes primordiales para continuar como representante de sus compañeros, a los que no acompaña?

¿Cuál es el papel que se asigna, en el marco universitario, a un ciudadano que no estudia, pero que tiene acceso y derecho de voto para las más altas resoluciones?

Si todavía las llamadas reivindicaciones estudiantiles fuesen dirigidas a remontar el nivel académico, a la dotación de un buen material de enseñanza, al expurgo de maestros ineptos o abandonistas, y a exigencia del cabal cumplimiento docente, serían de signo positivo. Pero da la casualidad — las casualida-

des figuran como los imprevistos de todo programa — que la mayor parte de los requerimientos clamados por las agrupaciones estudiantiles, se encaminan a que se facilite el paso por la Universidad, última criba de la instrucción, rebajando el nivel de las cátedras al de los Bachilleres conformistas con la mediocridad de notas-límite.

Y esto es tan negativo para la juventud como para la propia Nación.

Para la juventud por que constituye un desconocimiento de algo que habrá de estudiarse más tarde, si quiere conservar un rango profesional acreditado por su Título. Para la Nación porque las pléyades de diplomados deficientes no dan utilidad ni prestigio.

La experiencia de tres lustros consecutivos en la misma Facultad — y ella es de índice selectivo no desdeñable — hizo trazar una curva decadente, paulatina pero progresiva, en la cota de las materias dictadas, lo que es comentario generalizado entre los colegas. Hay unanimidad en aceptar que las propias promociones de nuestros días no han recibido las enseñanzas con la misma extensión y regularidad que las anteriores, ni han sobresalido por sus calificaciones; un 9.5 a lo largo de los cursos, es meta muy suficiente para terminar los estudios.

Hablando de regularidad se nos ocurre decir que ésta se perturba por motivos fútiles, casi siempre. El estudiante, a nuestra manera de ver, perdió mucho de su combatividad y de su noble rebeldía.

No se parece al politécnico de Delacroix que lucha en la barricada, siguiendo una Libertad a pecho desnudo que guía al pueblo parisién, allá por los comienzos del pasado siglo. . .

Como los tiempos cambiaron y tampoco puede afirmarse que ahora pelean contra la tiranía de entonces, se avienen a la humareda de cauchos, la algarada de insultos o el lanzamiento de guijarros. ¡Pueril batalla de pedruscos contra plomo!

Por otra parte, las conjuras de los grupos son, generalmente dirigidas por hilos que se manejan, como se dice hoy, "a control remoto." Los tópicos, a menudo inocentes, carecen de consistencia. Ahora se pregona la abstención para que las elecciones no sean válidas y, cuando no había elecciones se pretendía que las hubiese. Es el juego eterno del descontentadizo.

¿Dónde están esos estudiantes que manifiestan según su conciencia y libre albedrío?

Sin embargo, y dicho sea sin intento de adularles, tienen buen sentido para juzgar a sus

profesores. Ellos saben quién les enseña y quién les embauca, quién acude a la clase y quién la deja para otro día o la recorta para que "consulten el texto", si es que lo hay. Ellos conocen la imparcialidad o las preferencias de su maestro, y respetan a éste, según su seriedad, lo que monta tanto como tenerle estimación.

Algo bueno hay en la juventud y es su resistencia a las corrupciones...

\* \*

El Profesor es, a no dudarlo, el más singular y característico de los entes que componen la Universidad, y ésta es más o menos destacada según lo sean sus maestros, no ya en su elevada sapiencia, si no en su consagración a la misma.

¿Podríamos construir un barco, erigir una torre o dar conciertos de violín sin sentir afición alguna por tales actividades?

¿Se tiene, realmente, vocación por la enseñanza cuando tareas distintas absorben al profesor, bien sea porque le atraiga la remuneración adicional o porque le fatigue la docencia?

Estas preguntas que nos hacemos convergen en un mismo punto. O se tiene inclinación por

instruir al alumno o, si hay labores profesionales que anteponer, se deja la primera.

Y esos otros profesores, de tiempo completo que, manifestando un celo ferviente por enseñar más, o por funciones complementarias aunque en distintas facultades e instituciones, siempre productivas pero que no permiten cumplir el horario exigible en su Facultad de origen ¿son preceptores o perceptores?

Todavía hay clasificaciones de profesores que toman la cátedra como escabel de su intereses para alcanzar otras metas. Y salen — o no salen por entero — de sus aulas para ocupar cargos más brillantes que les procuren esplendor, encauzándoles hacia la estratosfera jerárquica.

Quiero insistir en que el profesor es un ser específicamente distinto de los demás, si dedica su voluntad de albacea del saber legado por generaciones anteriores: es una transmisión leal y desinteresada.

Pero si sus ambiciones no son otras que las de un empleado cualquiera, dispuesto a trocar su pericia por un salario, a envanecerse con la cátedra cual si ésta fuese una baronía o un marquesado — y de esto nos habló Atcon en su famoso informe sobre la Universidad Latino-Americana editado por la propia Cámara de Diputados — su importancia social pasa a

muy segundo término. Se enseña porque se tiene vocación de enseñar, con preterición absoluta de otras actividades. Este es el profesor "a tiempo completo" que da de sí cuanto puede y siente un deber de conducir su alumnado.

Existen labores salientes, pero ninguna lo es más que la de aleccionar la juventud para que ésta nos suceda en la ingente tarea de alcanzar una sociedad superior a la nuestra.

Así: el educador o maestro de primaria, puntal indispensable de la civilización, inicia en la palabra y el número, modela una infancia que es el fruto inmediato de las naciones, y da ejemplo de civismo para ser imitado por sus planteles. El profesor de Liceo instruye la adolescencia para que adquieran su Bachillerato, base primordial de la cultura de los pueblos; éstos son cultos cuando cuentan con buenos Bachilleres. Por último, el que da su impronta profesional, el que forma al técnico, al científico, al letrado y al investigador, es el docente universitario para quien no puede haber mayor anhelo que el de crear adeptos a su escuela.

Ahora bien: contemporizar enseñanza y profesión liberal es cuestión de límites y de reglamentación igualitaria. Si la primera supera a la segunda, siempre será buena esta adición de

la experiencia a la parte doctrinal, y se acepta que el profesor siga a tiempo completo. Pero si es la segunda la que adquiere magnitud en detrimento de la primera, existen denominaciones de "tiempo medio" y "convencional" por las que se permite al profesor que realice ampliamente sus tareas ex-cátedra.

No estando reglamentada la carga docente ni habiendo criterios que equilibren ésta en el reparto de materias a dictar, encontraríamos lógico que el tiempo convencional tuviese un límite máximo de 4 horas semanales de clase, el medio tiempo llegase hasta 6, y el tiempo completo hasta 12, para dejar la dedicación exclusiva o integral con un límite de 20 horas.

Varios años venimos comprobando que algunos profesores, incluso con categoría titular, figuran en la nómina como de tiempo completo, pero no tienen sino 4 horas semanales de clase, cuando no han tenido 2, o ninguna. Consultados los Miembros del Consejo de Facultad sobre tal diferencia con los profesores que tienen 12 horas y más, hemos obtenido la respuesta siguiente: "No se les adjudica mayor carga para no incurrir en conflicto con los estudiantes", lo que trae aparejado que tampoco se les reduzcan los honorarios por tiempo completo. Y, cosa curiosa, algunos de los que tienen muy escasa carga docente en su Facul-

tad, dictan otras clases en diferentes centros, acumulando así, a un tiempo completo sin completar, otro tiempo que engrosó la remuneración del primero.

Es natural que se aspire a figurar en otras nóminas; pero esto entraña un vicio administrativo en el que no se abonan honorarios por horas de servicio prestado, si no por la calidad personal del que los presta.

Todas estas astucias piden cierta ortodoxia en el cumplimiento de la misión profesoral y, las reformas dirigidas al mismo, si no son bien recibidas por unos pocos, lo serán por el mayor número de los que esperan la equidad.

El principio "a tal trabajo, tal salario", se admitió en la Humanidad entera como sistema para computar racionalmente el premio por el esfuerzo, y no hay motivo alguno que se oponga a establecerlo entre los universitarios. Una cosa es la categoría que se adquiere por los años y formalidades consiguientes, y otra muy distinta, el horario con que cada cual contribuya a las disciplinas de la didáctica. En último recurso, cuando no hay materia para completar su horario, debe exigirse eficazmente el tiempo reglamentado de presencia, haciendo que en el mismo, se encargue al

profesor de ayudar en estadísticas, bibliografía, colaboraciones publicables, redacción de textos, revisión de prensa profesional, etc.

Estamos seguros de que Ribeiro también presintió la necesidad de retribuir conforme a la prestación, y nos parece fundado que así sea; pero que se preste y... que se compruebe que se ha prestado.

No siendo así, toda reforma universitaria adolecerá de la proliferación profesoral sin que se obtenga de ésta la justa medida de lo que se abona por ella.

Un último aspecto del Profesorado que conviene fomentar es el de la relación entre colegas; resulta desconcertante que vivamos todos de una misma ocupación, que pasemos docenas de años en una localidad no muy poblada y que no lleguemos ni a conocer nuestros nombres.

Querriamos que la más abierta armonía existiese entre nosotros. Una amistad, siquiera fuese cortés, nos mantendría más unidos, sin que cada Facultad sea un islote. Solamente se ha logrado algún contacto gracias a la Asociación de Profesores y la Caja de Ahorros del Profesorado, aunque sin grupos que guarden proporción con la totalidad. No se delinque en observar la convivencia aun pensando de distinta manera. El carácter hosco entre

compañeros no está justificado, y las penden-  
cias difundidas al viento que acaecieron en la  
Legislativa del Táchira y en la Federación Mé-  
dica de Caracas, merman muchísimo la con-  
dición universitaria de tales querellantes.

\* \*

Terminemos por el peldaño más alto de la  
casa: el Rector.

¿Por qué la Ley de Universidades no espe-  
cifica, de manera determinante, a quién co-  
rresponde la investidura de Rector? En ella  
solamente se formula un sistema de elecciones  
por el que la fuerza numérica avasalla toda  
otra posibilidad.

Conocemos universidades dogalizadas al Es-  
tado o a un Consejo de administración que  
las tutela; en éstas no hay jerarquía ni comi-  
cio: hay designación, que es algo así como  
imponer al más fuerte, es decir: al más adic-  
to, al consustanciado con el poder.

Pero también hay otras — felizmente más  
numerosas con el correr del tiempo — llama-  
das libres o autónomas, que se rigen por la  
decisión colectiva e independiente de los miem-  
bros que las integran, además de reglamentar  
un turno de las facultades que deban tener ac-  
ceso al cargo. Gracias a dicho turno de rotación

— que puede ser el alfabético de sus epígrafes o el cronológico de sus fundaciones — intervienen en el timón universitario todos los profesores con rango, méritos y votos que les exige la ley.

De otra manera, la Facultad que cuente con mayor número de votantes es la que obtiene, persistentemente, un Rector salido de su Claustro.

El número, señores, no es índice cualitativo, si no cuantitativo; puede haber profesores tan aptos en ésta como en cualquiera otra de las facultades, y hallarse compelidos a una esperanza puramente fortuita que les lleve — quizá por causas en las que no sea ajeno el peso político — a ejercer el Rectorado con tacto e idoneidad muy estimables.

En esto del peso político, puede inclinarse la balanza del lado del que manda o — por aquello de que “a toda acción corresponde una reacción” — del lado minoritario que se opone a quien detenta el poder.

Los demás, los que sólo nutren sus ambiciones en el trabajo de la enseñanza, o los que se apartaron de las corrientes de la parcialidad imperante, son ingrátidos o, por lo menos, faltos de peso.

Por otra parte; el largo tiempo en el sillón rectoral, como en la Presidencia de una Na-

ción o la de una entidad, organismo o asociación cualquiera en la que todos sus componentes deben disfrutar de un mismo derecho, no puede ser ilimitado y sí de un lapso contentivo en la Ley, que haya de respetarse a ultranza, incluso por sustitución de interinidad, también de plazo prefijado.

La continuidad al frente de una Institución, sólo conduce a evidenciar la esterilidad corporativa, crea la aureola de insustituible cual si no hubiese quien pudiera reemplazarlo, e influye en la creencia de que se ostenta un cargo vitalicio.

Las doctrinas democráticas han cerrado el paso a este privilegio por estricta negativa de la reelección. A lo sumo, si un dirigente es bueno y se tiene absoluta necesidad de él, tiempo vendrá en que se le llame al palenque, pero no siguiendo en el mismo hasta que se agoten sus energías.

Todo lo que dura más de lo previsto lo hace a expensas de frustrar derechos ajenos, sufre las consecuencias del desgaste, favorece el nepotismo y apadrina las apetencias de los validos que rodean al que puede distribuir prebendas.

Lejos de mi ánimo señalar a nadie como protector ni como protegidos; mi insignificante puesto no me permite sentirme como un nuevo

Savonarola para sacar a la luz pública el vicio y la prevaricación. Sabemos, sobradamente, que los hay, y que su influencia se extiende más fácilmente que la rectitud de conciencia. Por ello existe el "invertebrado" de Ortega y Gasset que, en su marcha lenta por lo sinuosa, trata de encaramarse en los puntos-clave. Y se hace esto por que así conviene a sus apetitos o a las organizaciones políticas que ansían dominar en todo el ámbito nacional, pero no por que convenga sustituir a alguien por manifiesta incompetencia del sustituido y mejor preparación del sustituto. Verdaderamente, se prefiere "crear puestos para los hombres" antes que "buscar hombres para los puestos".

De aquí el belicismo encubierto entre los que pertenecen a bandos diferentes. Su animosidad y las consecuencias desastrosas de esta contienda perpetua, provocan la caída vertical de una fuerza que podría aplicarse en provecho de la propia Universidad, y no de alguno de los grupos que la componen.

El "statu quo" fomenta un descontento colectivo. Y tampoco es que, perdurar en los cargos de mando — cuando éstos de ejercen satisfactoriamente — sea nocivo a las instituciones. Más bien, al contrario, sería de desear que, cuando hay alguien que sirve, sir-

viere por muchos años. Se dijo de Bucareli, virrey de México durante la Colonia, que "con hombres tan justos como él, no se hubiese producido revuelta alguna".

Ahora bien; es una cuestión de principio que no podemos ni debemos eludir. Por algo "no hay plazo que no se cumpla", y así se estableció el libre cambio de dirigentes, dentro de los cauces democráticos.

Los efugios empero que consiente la Ley — tanto la reciente como la anterior — son de tal naturaleza que, si dichas leyes hubiesen existido desde que se instauró el Seminario de San Buenaventura, sólo fuera problema de larga vida que conservásemos al frente de nuestros destinos a Fray Juan Ramos de Lora.

En contrapartida, somos numerosos los que nos consideramos adictos a la persona de nuestro actual Rector. Su condición humana es del mejor fuste y el logro de muchas mejoras se debe a su tenaz perseverancia de trabajador infatigable, mérito éste que se destaca más en un medio donde el rito de la fiesta supera al del trabajo.

Por mi parte, proclamo aquí su excelsa sensibilidad al manifestarse como familiar único de un profesor solitario fallecido en ésta, su ayuda a necesitados y perseguidos, su gratitud a los que le enseñaron, su afectuosidad para

con todo el personal: colegas, estudiantes y empleados, confianza que otorga con tal largueza como la de admitir que se le tutée o se le nombre por un diminutivo familiar.

Y la mejor página de su libro de oro fuese la que contuviera tántas y tántas crisis del "Alma Mater", a quien la distocia de sus alumbramientos sucesivos puso en grave peligro. Pero él, con su habilísimo tacto de maternólogo, supo sacar los engendros y contener las pérdidas.

En el balance de sus buenas obras llenaríamos mucho papel; pero... en el Rectorado no solamente se ha de ser buen Rector, si no saber cuándo se debe dejar de serlo...

La prolongación envuelve desdén a un cuerpo profesoral en el que habrá, sin duda alguna, quien pueda proseguir su tarea tan encomiada, incluso por aquellos que no son, precisamente, sus dilectos.

Así pues, con el más reverente respeto, pido a Su Señoría ¡oh, Rector Insigne!, que no considere mis frases como lesivas a su ejecutoria, y que entienda la buena fé con que, en alguna ocasión ya distante, respondí a sus comentarios sobre el continuismo...

Es, sencillamente, que nos reunimos en día universitario y en familia universitaria, decimos lo que pensamos y no hay nada alevoso

en nuestra plática que podríamos tildar de charla amistosa.

Son reflexiones en torno al hecho actual.

Y éste es tan patente que, cada vez que vemos la estatua que sirve de heraldo al Aula Magna, nos decimos: "Hé aquí al Rector de la Fundación".

Pero, igualmente, cada día que vamos acostumbrándonos a la presidencia invariable de Su Señoría, también la voz interna nos confirma: "Hé aquí al Rector de la Duración...".

Señores...

